

Claves geopolíticas para entender las posibilidades de los partidos de izquierda en América Latina

Pablo Iglesias Turrión, Iñigo Errejón Galván

► **To cite this version:**

Pablo Iglesias Turrión, Iñigo Errejón Galván. Claves geopolíticas para entender las posibilidades de los partidos de izquierda en América Latina. Rey Tristán, Eduardo; Calvo González, Patricia. XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: congreso internacional, Sep 2010, Santiago de Compostela, España. Universidade de Santiago de Compostela, Centro Interdisciplinario de Estudios Americanistas Gumersindo Busto ; Consejo Español de Estudios Iberoamericanos, pp.1945-1955, 2010, Cursos e Congresos; 196. <halshs-00531518>

HAL Id: halshs-00531518

<https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00531518>

Submitted on 3 Nov 2010

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

CLAVES GEOPOLÍTICAS PARA ENTENDER LAS POSIBILIDADES DE LOS PARTIDOS DE IZQUIERDA EN AMÉRICA LATINA

Pablo Iglesias Turrión
Universidad Complutense de Madrid
España

Iñigo Errejón Galván
Universidad Complutense de Madrid
España

La presente ponencia es un intento de trazar una cartografía general de la situación política actual en América Latina en relación a la fuerzas políticas de izquierda. Para llevarla a cabo, en tanto que miembros del Consejo Ejecutivo de la Fundación Centro de Estudios Políticos y Sociales (CEPS), nos hemos valido de los informes de los equipos de esta fundación desplazados durante el último año en Venezuela, Ecuador, Bolivia, Paraguay, Perú, Colombia, Chile y El Salvador, en el marco de los convenios de cooperación técnica y programas académicos que CEPS mantiene con diferentes instituciones y actores políticos de estos países. Partiendo del impacto que la crisis económica global está teniendo en una región históricamente sometida a estructuras de dependencia, y del cambio de contexto que ha supuesto la llegada de Obama a la Casa Blanca, hemos tratado de hacer una fotografía política aérea de la situación actual y de las condiciones de posibilidad de acción estratégica de las fuerzas políticas de izquierda (con responsabilidades de gobierno o no) en los diferentes países latinoamericanos.

América Latina y la crisis económica global

Consideramos crucial atravesar las dimensiones regionales del desarrollo de los procesos políticos de transformación social y política acaecidos en los últimos años en América Latina y asumir el significado global de un conjunto de experiencias que se enmarcan en un panorama general de cuestionamiento del modelo neoliberal. Para algunos estudiosos de la economía-mundo como Wallerstein estaríamos, desde los años 70, en una situación de reordenación sistémica general de la economía-mundo.

La hegemonía de los EEUU surgida como consecuencia de su desarrollo económico, de su poder geopolítico y del resultado de la Segunda Guerra Mundial, habría empezado a entrar en crisis en los años setenta. En ese contexto, el llamado consenso de Washington, como antesala de la Globalización neoliberal fue la respuesta política a esa crisis de hegemonía. Sus expresiones en los países del centro son más que conocidas a través de los ejemplos estadounidenses (Reagan) y británico (Tatcher) pero donde el Neoliberalismo alcanzó niveles de violencia social más insoportables fue en los países periféricos y muy especialmente en América Latina, en muchos casos a través de dispositivos de reordenación política como los golpes de estado y las dictaduras militares.

La hegemonía en el sistema-mundo capitalista es el intervalo que siempre sucede a una guerra mundial, en el que un Estado cuenta con una ventaja simultánea en las tres áreas económicas; agro-industrial, comercial y financiera. De este modo, puede diseñar con relativa comodidad las reglas políticas de funcionamiento del orden mundial. En la Historia del Capitalismo han existido tres hegemonías, la holandesa en la segunda mitad del siglo XVII, la británica en el siglo XIX y la estadounidense desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la crisis económica y política de los años 70.

Las fases de transición entre los ciclos hegemónicos son periodos en los que las posibilidades de éxito de las transformaciones sociales y políticas profundas aumentan (suelen usarse como ejemplos las revoluciones francesa, rusa o la independencia argelina). Históricamente han sido los países en posiciones periféricas o semiperiféricas los que han contado con más posibilidades de transformaciones profundas.

La desaparición de la URSS y el colapso general del bloque llamado socialista relativizó el poder de persuasión de la fraseología anticomunista que sostuvo durante años la política exterior de los EEUU y sus aliados. En este contexto, el nuevo Pearl Harbour del 11 de Septiembre y el periodo de hegemonía de los neoconservadores en la Administración Bush tras los ataques, representó una intensificación militarista de la estrategia norteamericana de recuperación de hegemonía mundial. El Proyecto para

un Nuevo Siglo Americano y la llamada Guerra contra el Terror, fueron las claves de esa estrategia al menos hasta la llegada de Obama a la casa Blanca.

El proceso de transición sistémica que señalábamos puede sintetizarse como un conflicto por la hegemonía entre diferentes sectores de las clases capitalistas a nivel global agrupadas en torno a diferentes ejes geopolíticos (América del Norte, China y sus áreas de influencia y en menor medida la Unión Europea e India). A nuestro juicio, este proceso de transición estaría contribuyendo a abrir las posibilidades de transformaciones estructurales del Sistema al menos en dos áreas semi-periféricas (o con aspiraciones semi-periféricas) del sistema-mundo; América Latina en un sentido más o menos progresista y Oriente próximo en un sentido difícil de calificar.

Pensamos que la mejor opción para que ese cuestionamiento del sistema que se aprecia en los últimos años se articule en un proyecto de transformación de izquierdas con aspiraciones globales, descansa en el éxito de los procesos contrahegemónicos que se están dando en América Latina, que aspiran a superar las relaciones histórico-sistémicas de subalternidad y dependencia respecto a los intereses de las áreas centrales (Estados Unidos y Europa fundamentalmente).

Es indudable que las formas definitivas que adquiera ese proceso (MERCOSUR, ALBA...) y el papel de los liderazgos (Brasil y en menor medida Venezuela) no están del todo resueltos y están además sometidos a las dinámicas político-electorales internas de muchos países de la Región, pero pocos dudan ya de que América Latina es el mejor espacio de experimentación de políticas postcapitalistas.

La llegada de Obama a la Casa Blanca y sus implicaciones

El último gobierno de George Bush en Estados Unidos puede ser leído como una «huída hacia delante» en medio de una decadencia prolongada de la primacía productiva y comercial norteamericana en la economía mundial. Esta huída estaría caracterizada por la afirmación por parte de Washington de su indiscutible superioridad militar, lo que le debería haber permitido afirmar un liderazgo político policial que le devolviese primacía geopolítica. El antiterrorismo fue así construido como un discurso global de la excepción permanente, que representase diferentes conflictos (guerras étnicas, contrabando de drogas, grupos insurgentes armados, revueltas sociales) como susceptibles de ser resueltos por una intervención militar que desarrollaba funciones policiales transnacionales.

Sin embargo, este intento de reordenación geopolítica unilateral por parte de Estados Unidos arrojó resultados contradictorios. Si por una

parte consiguió que ciertos socios subordinados pagasen parcialmente los costos de las intervenciones militares, como en Irak o Afganistán, por otra parte agudizó el aislamiento político de los neoconservadores en la Casa Blanca, y evidenció que su poder militar distaba de ser omnipotente. En el plano interno, los costes económicos y sociales de esta política impactaron sobre una crisis financiera en formación, que pronto se generalizó a otros sectores de la economía, deviniendo una crisis capitalista mundial de consecuencias políticas y sociales aún no enteramente previsibles.

Barack Obama llegó al poder tras una movilización ciudadana, sobre todo de jóvenes de clase media y de afroamericanos, a favor de su candidatura. Dejó atrás, en unas elecciones primarias en el Partido Demócrata disputadísimas, a Hillary Clinton, que había encontrado más apoyo entre trabajadores blancos y migrantes «latinos». La ilusión que Obama supo suscitar en su partido intervino también en la campaña electoral, en la que se presentó como el representante de un nuevo consenso de una mayoría interracial e interclasista. En su discurso «refundacionalista», Obama representaba un proyecto de país que se preocupase por los sectores más desfavorecidos y las clases medias empobrecidas, que regenerase la democracia y recuperase el multilateralismo en política exterior.

Para América Latina, la política de la administración Bush produjo una extensión del sentimiento antiimperialista sedimentado durante toda la segunda mitad del siglo XX.

El principal proyecto norteamericano había sido un acuerdo continental en torno al ALCA, que crease un área de libre comercio en toda América y el Caribe. El ALCA iba acompañado, de manera significativa, con tratados militares bilaterales, y con la conversión de Colombia en la cuña militar norteamericana en la región.

En el rechazo al proyecto del ALCA convergieron las organizaciones políticas de izquierdas, sindicales e indígenas de cada país, con los gobiernos de un amplio espectro ideológico que iba desde los que se declaraban socialistas hasta los que sólo decían defender los intereses de la economía nacional. La oposición al ALCA vinculó demandas de defensa del territorio, de la soberanía alimentaria, antimilitaristas y antiimperialistas, de la defensa de las condiciones laborales y de un amplio abanico de sectores populares. A todas ellas, además, les dio un sentido «latinoamericanista», esto es: las vinculó en un horizonte de integración regional enfrentado al neoliberalismo y al intervencionismo norteamericano y de las instituciones de mando del capitalismo financiero global –FMI y BM-. La disyuntiva regional parecía así marcada por la dicotomía «integración continental mercantil decidida por el norte versus integración de los pueblos por la soberanía y la justicia social». Es en este sentido que el latinoamericanismo se cargaba de significado progresista.

En forma simple, se podría afirmar que Bush hizo por la unidad latinoamericana más que todos los discursos boliviarianos juntos. La estrategia siguiente fue la de sustituir un único macro acuerdo de libre comercio por los famosos TLCs bilaterales. Pero la percepción política general de tales acuerdos, aún cuando se decidiesen a escala nacional, ya estaba marcado por la construcción regional de sentido que hemos sintetizado.

La llegada de Obama a la Casa Blanca altera parcialmente el terreno político crucial de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina. Por mucho que se pueda dudar de sus efectos políticos «tangibles», la llegada de un afroamericano a la presidencia norteamericana tiene efectos simbólicos de largo alcance, no sólo en la política doméstica sino también en todo el continente. El «efecto Obama» no puede ser descartado como una mera operación de marketing, sino que es el producto de una voluntad masiva de cambio con respecto a la era Bush. Con independencia de la intensidad o veracidad de tal transformación, Obama llevó consigo una no despreciable dosis de legitimidad a la Casa Blanca.

Para América Latina, el romance con el nuevo presidente terminó cuando el Golpe de Estado de Honduras, y su posterior consolidación exitosa, contó con un apoyo no explícito ni público pero sí decisivo de la CIA y del Departamento de Estado y su directora Hillary Clinton. No obstante, la heterogénea coalición latinoamericanista fraguada por la desafección a Bush no tiene hoy ningún principio sólido de constitución, y es susceptible de ser socavada por una relación diferencial de determinados gobiernos con Estados Unidos.

El levantamiento indígena en Bagua en la amazonía peruana, y las tensiones fronterizas de Colombia con Ecuador y Venezuela seguidas por la instalación de siete bases norteamericanas en el país andino bajo la presidencia de Álvaro Uribe lanzan un mensaje claro: la distensión política general no es en absoluto incompatible con la preparación de un escenario de guerra con el que Estados Unidos respalda a los gobiernos de derechas en su agresividad contra sus clases subalternas o contra estados limítrofes de signo contrario. La victoria de la derecha postpinochetista en Chile, así como las dificultades de diferentes gobiernos reformistas para ser reelegidos, alienta ya una suerte de esperanza de los sectores conservadores en un cambio de ciclo que comience a revertir el «giro a la izquierda» de la pasada década.

La ventana de oportunidad geopolítica que ha supuesto la relativa debilidad política norteamericana podría así comenzar a cerrarse. En la medida en que Estados Unidos se vaya liberando de la carga política y económica de las guerras iraquí y afgana, es de esperar un aumento de

la extensión y la intensión de la presencia norteamericana en América Latina.

Para enfrentar esta posibilidad, es preciso llenar de contenido los diferentes proyectos de integración regional (ALBA, UNASUR), sin caer en disputas innecesarias entre unos y otros, intentando encontrar una cierta complementariedad entre ellos. Se impone por tanto una política exterior que evite cualquier maniobra de aislamiento de eje «Caracas-La Habana-La Paz-Quito». Esto en el combate político-ideológico significa la prioridad de derrotar los discursos que, desde ambos lados del Atlántico, pretenden establecer una frontera entre las izquierdas que Álvaro Vargas Llosa llama «carnívoras», populistas y autoritarias, representadas por Hugo Chávez o Evo Morales; y las «vegetarianas», democráticas y moderadas, representadas por Bachelet hasta hace poco, o por Lula aún hoy en día. Para desactivar este esquema, hay que volver a poner en primera línea la contradicción entre los intereses de las economías nacionales y de los pueblos latinoamericanos y aquellos de las clases dominantes y de las empresas transnacionales europeas y norteamericanas. El peligro de esta dicotomía, sin orientación socialista, es la postergación indefinida de los intereses de las mayorías desposeídas en favor de conflictos geopolíticos superiores. Experiencias pasadas en ese sentido han demostrado su invalidez para una política emancipadora.

Perspectivas para el 2010⁶

América Latina lleva más de una década experimentando procesos de impugnación y transformación de sus regímenes demoliberales y sus modelos económicos supeditados al norte.

Este conjunto de procesos de cambio no se entenderían sin el declive paralelo del poder político global de los Estados Unidos que, a pesar de la caída del muro de Berlín, se ha mantenido. Lo que algunos analistas, como Immanuel Wallerstein o Giovanni Arrighi, han descrito como un proceso de transición sistémica hacia un escenario geopolítico mundial no dominado por los Estados Unidos, ha abierto posibilidades de cambio inéditas en América Latina, desde mecanismos distintos a los que conoció la poderosa izquierda revolucionaria latinoamericana décadas atrás.

La atención a lo que sucede en el subcontinente ha dejado de ser materia exclusiva de especialistas o de comités de solidaridad, para pasar a ser un elemento central de la geopolítica del siglo XXI, desde el momento en que América latina se ha convertido en el laboratorio más poderoso de elaboración y práctica de alternativas a la crisis capitalista.

6. Una versión reducida de este epígrafe fue publicada recientemente en la revista «Hacia el sur».

El año que comienza, plagado de citas electorales, será crucial para el reequilibrio entre los diferentes procesos abiertos en la región; desde las integraciones políticas y económicas con voluntad de superar la histórica situación de dependencia, hasta los intentos de reeditar los tratados de libre comercio patrocinados por Estados Unidos.

Brasil y Chile, dos gigantes económicos en la región, vivirán procesos electorales en el 2010 y, en ambos casos, las perspectivas son negativas para la izquierda. La victoria del derechista Piñera obedece a un desgaste de la Concertación sin Bachelet, pero también ha estado abonada por décadas de reflujo ideológico y político de la izquierda, que los años de gobiernos «moderados» de la Concertación no supieron revertir. En Brasil, región pivote del continente, Lula ganaría seguramente los comicios si se pudiese presentar, pero sin él el PT aparece por debajo del centroderecha en las encuestas. Aunque Brasil no ha querido integrarse en la alianza de gobiernos transformadores, ha marcado un interesante perfil propio de creciente importancia, y ha constituido un contrapeso a las tentativas intervencionistas norteamericanas. Sea con éxito –como en la resolución de la crisis política boliviana en septiembre de 2008 a través de UNASUR– o con fracaso, sobrestimando la eficacia de los gestos diplomáticos frente a EEUU –como en Honduras tras el refugio de Zelaya en su embajada– Brasil es ya el actor principal del subcontinente y lo que ocurra en sus elecciones presidenciales será decisivo para la suerte futura de América Latina.

Un histórico aspirante a liderar los procesos de transformación en América Latina, México, sigue experimentando las consecuencias del éxito de los Estados Unidos a la hora de favorecer el acceso al gobierno de Felipe Calderón. Aún cuando nunca estuvieron del todo claras las alternativas que ofrecía el PRD, López Obrador representó la última posibilidad de giro a la izquierda de la política mexicana, necesario a medio plazo para la consolidación de cambios importantes en la región.

Venezuela sigue siendo el pivote principal de los proyectos de integración latinoamericana y el sostén de no pocas fuerzas y gobiernos de izquierdas en el continente. No obstante, las inercias del estatismo y los peligros de la corrupción hacen necesaria una suerte de «revolución dentro de la revolución» que vivifique los organismos estatales al tiempo que refuerce la autonomía de los movimientos para proponer, vetar o criticar. Venezuela vive una tensión que afectará al resto de procesos si se profundizan; aquella entre democracia y socialismo. Problemas viejos en condiciones nuevas.

En Argentina, Kirchner afronta un año difícil, marcado por las elecciones presidenciales de 2011. Este gobierno ha sostenido dos grandes choques contra los sectores económicos más poderosos del país; el llamado «conflicto del campo», frente a los grandes y medianos

propietarios, fallando en su intento de aumentar la fiscalidad sobre las exportaciones y perdiendo a su vicepresidente que decidió la balanza a favor de los propietarios agrícolas; y la polémica «Ley de Medios» que intentaba democratizar el hiperconcentrado abanico mediático, resistida de manera parcialmente exitosa por el poderosísimo grupo Clarín. Así, tras dos fracasos –de diferente intensidad– en proyectos fundamentales, el gobierno peleará por la siempre escurridiza marca «justicialista» para afrontar las elecciones, respaldado por una tradición que sigue siendo decisiva en la política argentina.

En política exterior los dos gobiernos Kirchner se han posicionado en general tomando como referencia el integracionismo regional. Con todo, creemos que sería un error asumir que un relevo derechista en el gobierno supondría un giro hacia posiciones que buscaran pivotar en torno a Washington, en la medida en que hay políticas de Estado en materia de relaciones exteriores que son transversales al arco parlamentario argentino.

Las recientes elecciones en Bolivia supusieron simbólicamente un contrapunto al triunfo del golpe de Estado en Honduras, y en todo caso un refrendo de magnitudes históricas a la gestión del Movimiento Al Socialismo durante cuatro años marcados por un «empate catastrófico» con la oligarquía que hoy parece irse resolviendo a favor del nuevo Estado Plurinacional contemplado en la nueva Constitución. El conflicto con las regiones de la media luna oriental parece hoy atenuado ante la «hegemonía nacional plebeya» del MAS, y a las élites económicas les es hoy más difícil la operación de atrincherarse en el oriente del país.

Bolivia constituye además un ejemplo de irrupción de los indígenas en la esfera política con voces y demandas propias, cuya repercusión más allá de sus fronteras no puede ser minimizada. Evo Morales ha emergido como uno de los líderes de la izquierda latinoamericana con mayor popularidad, especialmente entre los sectores más empobrecidos. El MAS, tras una victoria electoral que le ha arrebatado a la derecha su capacidad de veto, tiene ante sí la oportunidad histórica y el desafío de refundar el Estado boliviano para satisfacer las necesidades de las multitudes indígenas y populares.

Para el caso de Ecuador, el tercero de los países (junto a Venezuela y Bolivia) que han apostado más decididamente por la alternativa bolivariana en clave continental, la valiente política exterior (entrada en el ALBA, salida de las bases militares, etc.) no se ha visto acompañada de políticas internas igualmente decididas. Junto a los problemas de corrupción, el peso paralizante que siguen manteniendo ciertos grupos vinculados al turismo y a la exportación de productos agrarios, se ha producido un paulatino alejamiento de los movimientos sociales indígenas. Con todo, se han producido avances notables en políticas sociales, redistributivas (como

los cambios en la legislación tributaria) y de planificación económica, que nos llevan a un moderado optimismo respecto a las posibilidades de consolidación y profundización del giro antineoliberal llevado a cabo por Correa.

La «excepción peruana» de la fortaleza política de los grupos de poder económico se explica por su extraordinaria habilidad para neutralizar sistemáticamente el conflicto social, frente a una izquierda difusa sobre la que aún pesa la enorme tara histórica del conflicto político y militar que azotó el país desde los años ochenta. Las desastrosas consecuencias humanas y la habitual asociación que la derecha establece entre izquierda y terrorismo explican también la dificultad de los movimientos sociales para articularse más allá de reivindicaciones específicas y corporativas.

En esas condiciones, sólo el Partido Nacionalista Peruano de Ollanta Humala parece ser una plataforma política capaz de producir un desplazamiento de las élites. No obstante, aunque pueda jugar un papel histórico progresista en tanto fuerza democrático-popular, el perfil de Ollanta suscita no pocas dudas entre la izquierda latinoamericana e internacional.

Paraguay, El Salvador y Nicaragua constituyen países teóricamente cercanos al proyecto bolivariano, pero cuya política interna ha resultado poco ambiciosa, en unos casos por la indefinición ideológica del Jefe de Estado y en otros por sus ambivalentes y paralizantes vínculos con fuerzas conservadoras. Se trata de gobiernos que han resultado decepcionantes para la amplia base popular sobre la que llegaron al poder.

La victoria del extupamaro José Mujica en Uruguay ha abierto la esperanza de una profundización en el proceso de cambio político —un tanto decepcionante para los sectores progresistas hasta el momento— llevado a cabo por el Frente Amplio. Sea como fuere, la suerte del proceso uruguayo estará muy vinculada al desarrollo de los acontecimientos políticos en Brasil.

La tensión militar entre Colombia y Venezuela sigue siendo la expresión más conflictiva de las fuerzas en pugna en el continente. Colombia es, desde hace años, un importante enclave norteamericano en el área andina y el subcontinente, y su conflicto armado interno, impregnado de vinculaciones externas, sigue siendo el principal capital político sobre el que el ultraconservador Álvaro Uribe mantenga una popularidad basada en una imagen de mano dura contra las guerrillas que opaca su política de redistribución regresiva y de recorte de derechos políticos invocando la cruzada antiterrorista. En principio, la inhibición de los diferentes vecinos poderosos y la debilidad relativa estadounidense parecen alejar la posibilidad de un enfrentamiento militar a corto plazo, pero en estas situaciones las predicciones no son muy aconsejables.

La segunda gran expresión de las formas que podrá adquirir este conflicto la hemos visto en Honduras. Un golpe de estado orquestado por los sectores oligárquicos del país al que sucedieron la indiferencia cómplice de los Estados Unidos, las lágrimas de cocodrilo de la Unión Europea y la incapacidad de Venezuela, Ecuador, Nicaragua y sobretodo Brasil de hacer efectiva una política de tolerancia cero ante los golpes de Estado que apareció más como un conjunto de gestos efectistas que como la plasmación de una nueva autoridad democrática en la región. En cualquier caso, si algún efecto positivo ha tenido el golpe de Estado ha sido el de desenmascarar a buena parte de los que alertaban contra giros totalitarios en el continente latinoamericano. Los mismos que descalificaban como populistas y autoritarios los procesos políticos que se vivían en Venezuela, Bolivia y Ecuador (entre ellos muchos analistas españoles) fueron reticentes a emplear el término «golpe de Estado» para describir lo que ocurrió en Honduras y han saludado alborozados la «solución democrática» en forma de elecciones amañadas.

Del desarrollo de los acontecimientos políticos en estos países dependerá el equilibrio entre un cierto eje Atlántico integracionista, y un arco Pacífico en formación, con México, Panamá, Colombia, Perú y Chile unidos por los tratados de libre comercio con Estados Unidos y una política de giro conservador.

Sea como fuere, la situación continental, en un contexto de crisis económica y de reconfiguración global de alianzas tras el fracaso de la gestión neocon en los EEUU y la elección de Obama, llama al optimismo de la izquierda. Ya no son solo los movimientos sociales los portadores de proyectos de transformación, sino que cada vez son más los gobiernos dispuestos a avanzar en una dirección progresista avalada por los datos positivos derivados de las políticas sociales, los niveles de popularidad de los dirigentes de izquierdas y el papel de América Latina como referencia global de cambio.

Bibliografía

- Arrighi, G. (2005): «Hegemony Unravelling—1». *New Left Review* 32:23-80.
- Errejón, I. (2008): «La crisis estatal en Bolivia. De la llegada al gobierno del Movimiento Al Socialismo a los Referendos revocatorios». *Papeles de Trabajo América Latina Siglo XXI*. En <http://www.ceps.es/webantigua/investigacion/informes/ptalsxxi/2-agosto2008.pdf> (Consulta: 3/5/2010)
- Frank, A. G. (1979): *Dependent Accumulation and Underdevelopment*. New York, Monthly Review Press.

- Monereo, M (2010): «Perú ¿Línea de fractura en América Latina?». En http://manuelmonereoperez.blogspot.com/2010/06/peru-linea-de-fractura-en-america_14.html (Consulta: 18/6/2010)
- Salas Oroño. A (2010): «La *parlamentarización* de la política en América Latina». *Papeles de Trabajo América Latina Siglo XXI*. En <http://www.ceps.es/media/txt/papelestrabajo4.pdf> (Consulta: 3/5/2010)
- VVAA (2010): Informes de los equipos desplazados de la Fundación CEPS. Inédito.
- Wallerstein, I (2010): «Ancient Dilemma of the Left: The Case of Brazil». *Commentary* No. 277. En <http://fbc.binghamton.edu/277en.htm> (Consulta: 12/5/2010)
- Wallerstein, I (2009): «Obama, Bush, and Latin American Coups». *Commentary* No. 269. En <http://fbc.binghamton.edu/269en.htm> (Consulta: 12/5/2010)